

con acierto que el pasado es menos interesante por sí mismo que como escenario de las reacciones del sujeto frente a los acontecimientos, y recuerda una afirmación de Nietzsche que, hasta cierto punto, refleja con fidelidad la intención de su propio pensamiento: "en el fondo de nosotros, completamente "allá abajo", hay en verdad algo que no se adquiere, un hado espiritual granítico... Ante cada problema cardinal habla un inmutable "esto soy yo".

Pensador claro y escritor ordenado, ha sabido ilustrar el matiz exacto de la idea que expone o del sentimiento que describe, con citas precisas y oportunas tomadas de la literatura, sin abuso ni alarde erudito. Los nombres de Plutarco, de Goethe, de La Rochefoucauld, de Gracián, de Humboldt... , que asoman en sus páginas, muestran que el conocedor de la vida y del alma no ha de encontrarse necesariamente agazapado tras los aparatos del laboratorio, sino que con igual sagacidad en la observación y con más eficacia expresiva, se encuentra también en el amplio campo de la literatura y de la historiografía.

El libro es un índice de la seriedad de criterio y de la amplitud y novedad de información con que son examinados los problemas del alma y del espíritu en el Perú. Y, a pesar de su aspecto deliberadamente esquemático, es un índice de la concepción de la enseñanza de la filosofía que profesa el doctor Honorio Delgado: encender el fervor de los valores más altos de la cultura, estimular el desarrollo de una concepción integral de la vida humana, rehabilitar el espíritu caballeresco por el eros pedagógico. Esos propósitos reclaman un conocimiento a fondo del hombre, de sus modos de ser, de sus posibilidades. Este libro, nacido probablemente al margen de las exigencias de la cátedra de Psicología que el autor dicta en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, en Lima, aspira a prolongar más allá de las aulas ese contacto vivo entre el maestro y sus alumnos que ha de contribuir a crear el clima espiritual adecuado al cultivo de la filosofía.

EUGENIO PUCCIARELLI.

RODOLFO MONDOLFO, *El genio helénico y los caracteres de sus creaciones espirituales*. Tucumán, 1943.

El prof. Mondolfo, cuyas investigaciones sobre la filosofía antigua son ya, entre nosotros, un indispensable instrumento de trabajo, nos ofrece ahora una valiosa síntesis sobre el mundo cultural griego. Es síntesis en doble sentido. En primer lugar, por referirse a las modalidades esenciales del espíritu helénico y por mostrar en un cuadro completo los múltiples aspectos de sus actividades, y, en segundo lugar, por reunir y valorar apretadamente, aunque con gran claridad, las principales concepciones globales que se han teni-

do acerca de Grecia. Justamente a través de las críticas que dirige a estas imágenes tradicionales de la Antigüedad, va surgiendo su propia concepción. Depurada de los excesos teóricos y de las simplificaciones esquemáticas en que se había incurrido, con raras excepciones, en el siglo XIX, Mondolfo se esfuerza por mostrar la suya libre de tales reproches. Su principal cuidado es aprehender la realidad histórica y, para ello, se somete y amolda fielmente a las creaciones estudiadas, renunciando a los cuadros fijados de antemano que siempre son estrechos y rígidos.

Desde Winckelmann y Lessing ha primado el pensamiento idealizante de la vida griega. Atentos a las instancias luminosas y al pleno equilibrio de una existencia que sólo sabía de movimientos medidos, sin exaltaciones ni brusquedades; sensibles a las expresiones que denotaban la estética contemplación de los objetos, que es abandono gozoso a la realidad, y alucinados por la olímpica configuración, rotunda y definitiva, de ciertas manifestaciones del arte, despreciaron y desconocieron los momentos opuestos.

En el estado actual de las investigaciones históricas, esta visión apasionada —veía el inalcanzable porvenir de la humanidad en su pasado helénico— resulta unilateral. No se puede sostener que el genio griego haya estado dotado con excelencias poseídas sin conquista. No se puede aplicar un esquema ideal a una realidad que, por ser histórica, está sometida a la complejidad cambiante de todo lo que es desarrollo temporal y espiritual. La realidad más concreta que conocemos no puede ser abarcada por ninguna idealidad abstracta. No es posible desconocer la tempestuosa vitalidad dionisiaca, cuando ésta rompe el equilibrado ritmo apolíneo. Y Grecia es todo eso. Es paz en la armonía y desasosiego en su búsqueda, feliz abandono en una realidad favorable y tembloroso anonadamiento ante lo sublime; en una palabra, es vida y como tal, antitética lucha de principios dramáticamente enfrentados. Los momentos de serenidad, únicos valorados por el clasicismo, lejos de ser la nota permanente del genio griego, son el premio adjudicado al trabajoso afán de merecerlos. Por tanto, la concepción clasicista es cierta para una parte de la realidad helénica e insuficiente para su totalidad. "En esta visión más adecuada de la realidad histórica, toman así su propia parte de verdad tanto la concepción clasicista como la contraria" (pág. 59). El clasicismo debe pues complementarse con las oscuridades que no recogía en sus cuadros para ser una expresión más completa y acabada del "milagro" griego.

Es lógico que el autor de *L'infinito nel pensiero dei Greci* aporte en esta publicación textos demostrativos de la valoración positiva de tal concepto entre los griegos. Registra los diversos modos con que aparece lo infinito concluyendo que "es de cualquier manera innegable que en la cosmología griega está más difundido el convencimiento de lo inconcebible de un límite último absoluto, que la aceptación de éste" (pág. 58).

El igualmente tradicional optimismo griego está sombreado por los inquietantes trazos del pesimismo. Emerge por todas partes. Está condicionado por la angustia ante la muerte, cuando se afirma la vida, o por la desesperanza de una existencia que no ofrece otro aliciente que ser soportada y padecida, cuando se la niega: "el pesar, que para el optimismo clásico era no poder sustraerse a la muerte, para el pesimismo es no haber podido ahorrar el nacimiento". (p. 68.)

Pero hay en este *Cuaderno* otro propósito. Además de las valiosas informaciones acerca del "milagro" griego, de las condiciones de la vida, del arte y de la religión helénica, sustenta la tesis de la perennidad de la actitud filosófica, contribuyendo así a mostrar uno de los caracteres esenciales de la filosofía.

Mondolfo señala que la duda como principio "crítico" del conocimiento —tema que había sido reservada por Zeller a la filosofía moderna— está latiendo en el pensamiento antiguo (Platón, Aristóteles); que la distinción entre las cualidades primeras y segundas y los rudimentarios atisbos del *yo pienso* kantiano, tiene su lugar preciso dentro de la problemática filosófica de Grecia (Demócrito, Aristóteles.) Los problemas, una vez descubiertos, siguen siendo los mismos aunque las interpretaciones varíen. "Indudablemente, el hecho de que la edad moderna haya conducido al desarrollo a gérmenes antiguos, significa una bien diversa madurez de condiciones históricas, pero no diferencias de naturaleza." (pág. 125).

El problema del conocimiento no es exclusivo de la modernidad filosófica. Claro está que desde Descartes hasta Kant, pasando por Locke y Hume, la gnoseología, con clara conciencia de sus problemas, absorbe en gran parte el esfuerzo reflexivo de la filosofía. En la Antigüedad, en cambio, ocupa un lugar menos preferente; pero desde los presocráticos existe la preocupación por indagar los tipos de conocimiento, por fijar los límites a cada una de sus modalidades, por establecer su alcance y validez. La concepción de la filosofía griega como ontología, como indiscutible primado del problema del ser sobre cualquier otro, se muestra también, si no como falsa, por lo menos como artificialmente simplificada. La filosofía griega es ontología y gnoseología, es objetivismo y subjetivismo. Por haber en ella una teoría del conocimiento, la meditación sobre el sujeto ha sido inevitable, pues sólo se pueden responder a los problemas gnoseológicos por una reflexión sobre las capacidades cognoscitivas del sujeto. Semejante capacidad fué aclarada por la filosofía; pero la totalidad del sujeto había adquirido nitidez y cobrado importancia por las restantes creaciones espirituales. "Y podemos también preguntarnos: ¿cómo habrían podido ignorar al sujeto los filósofos, cuando los poetas líricos griegos habían ya marcado de una manera tan señalada el surgir del subjetivismo, de la disposición a dirigir la mirada en su propio yo, en el interior de sus sentimientos?" (pág. 122).

Naturalmente, no por señalar el germen de ciertos problemas típicamente modernos en la Antigüedad incurre Mondolfo en el error de deformarla. No encuentra lo que previamente hubiese proyectado sobre ella, tal como sucedió, por ejemplo, con las interpretaciones neokantianas del pensamiento de Platón y de toda la historia de la filosofía en general. La escuela de Marburgo es, no obstante, apreciada por el autor en lo que tiene de valioso intento. Es cierto que en la actualidad podemos considerarla como unilateral, incluso en su misma visión esquemática de Kant; pero sus contribuciones pusieron de manifiesto la existencia de ciertos problemas gnoseológicos en una época de la filosofía que pasaba por ser puro objetivismo.

El prof. Mondolfo, con el firme propósito de mostrar la realidad histórica que estudia sin añadidos ni anacronismos, establece claramente la permanencia de los problemas filosóficos a lo largo de su —en apariencia— accidentada historia. No se pueden delimitar las épocas por los problemas; al contrario, éstos subsisten y aquéllas pasan. La historia de la filosofía debe aclarar esta situación. Desde el escrito de Bruno Bauch (*Die Diskussion eines modernen Problems in der antiken Philosophie*, en "Logos", V, 2, págs. 145 y ss.), destinado a probar la existencia de consideraciones epistemológicas en la filosofía platónica, hasta el artículo de Michael Landmann (*Socrates as a precursor of phenomenology*, en "Philosophy and phenomenological research", II, I, págs. 15 y ss.) sobre las raíces socráticas de la fenomenología, sin olvidar las importantes excursiones que el pensamiento contemporáneo realiza cuando busca aclarar la situación de los problemas mediante un examen de los diferentes estadios de su desenvolvimiento histórico, cada vez es más nítida la conciencia de la continuidad filosófica y cada vez es más insostenible la pretensión de imponer rígidas distinciones que, muy lejos de aclarar, entenebrecen la esencia de la filosofía. Los aportes del prof. Mondolfo son, en este sentido, ejemplares.

EMILIO ESTIÚ.

ALBERTO ROUGÈS, *Las jerarquías del ser y la eternidad*. Tucumán, 1943.

En este trabajo lleno de sugerencias trata el Sr. Rougès uno de los más arduos problemas que propone la filosofía: el del tiempo. Es penoso el esfuerzo de enfrentarse ante él sin ánimo de eludirlo metafísicamente; y si difícil es concebirlo en su desnudez —despojado de la caparazón de interpretaciones que lo ocultan a fuerza de querer aclararlo— mucho más dificultosa es la empresa de expresar lo concebido. Continuamente la palabra mata o traiciona el escurridizo matiz inexpresable, continuamente la confusión de significados amenaza con destruir la más paciente meditación.